



HUGH TREVOR-ROPER
La crisis del siglo XVII

RELIGIÓN, REFORMA Y CAMBIO SOCIAL

conocimiento



HUGH TREVOR-ROPER, *La crisis del siglo XVII. Religión, Reforma y cambio social*, traducción de Lilia Mosconi, Katz editores/Liberty Fund, Buenos Aires y Madrid, 2009, 488 pp. ISBN España 978-84-96859-55-5. (*The Crisis of the Seventeenth Century: Religion, the Reformation & Social Change*, 1967.)

La tesis principal de este valioso conjunto de ensayos es reivindicar una historia moderna orientada a explicar la crisis del siglo XVII, en la medida en que su estudio ha sido desvalorizado frente a la cantidad de páginas escritas para conmemorar la Ilustración y ver a ésta en una continuidad histórica ininterrumpida desde el fin de la Edad Media. Bien, nos dice Trevor-Roper, en el siglo XVII comienzan a sentirse y a generalizarse logros y visiones del mundo que alcanzan madurez definitiva en el XVIII, pero también existen crisis que podrían haber aventurado cosas muy distintas. O, en otras palabras, no puede entenderse el siglo ilustrado sin apreciar ni estudiar sus precedentes históricos y sus interrupciones críticas un siglo antes. Sobre todo, la crisis del siglo XVII se debe al conflicto entre la corte y el campo, un conflicto que atraviesa la modernidad política. A esta labor de estudio, de bastante dificultad si se tienen en cuenta las visiones dogmáticas de la historia, se dedicó el historiador británico con tanto ahínco como maestría. No está de más subrayar que Hugh Trevor-Roper, autor de un análisis histórico sobre los últimos días de Hitler y catedrático de Historia Moderna en Oxford, era un experto en historia de la Reforma y fue uno de los historiadores más influyentes del siglo XX. Hay que dar la bienvenida a esta traducción, que se suma así a las que

ya se encuentran en castellano como *Religión, Reforma y cambio social* —recogido aquí también— o *Príncipes y artistas*.

Los trabajos compilados en esta ocasión, escritos para diferentes conmemoraciones entre 1956 y 1967, condensan las principales tesis de Trevor-Roper sobre el período que comentamos. Para el historiador inglés, los acontecimientos políticos, filosóficos, religiosos y sociales de esa Europa entretenida en la Guerra de los Treinta Años determinan el fin del mundo antiguo y deciden una crisis sobre la que se levanta la Modernidad en todo su sentido. La crisis fue determinante en la medida en que no sabía de fronteras; Europa, toda Europa, sintió cómo se resquebrajaban las antiguas convicciones y cómo nacía, a partir de la confrontación religiosa, una nueva forma de ver el mundo y aprehender la realidad. No se trata, en cualquier caso, de una historización filosófica y eso es tal vez uno de los mayores intereses que tiene el libro. Trevor-Roper, que posee un estilo literario de indudable belleza, explica las transformaciones culturales al hilo de los acontecimientos políticos, militares o sociales, ofreciendo un *collage* lúcido y coherente sobre el siglo que estudia.

En el primer trabajo, uno de los más importantes, titulado ‘Religión, reforma y cambio social’, Trevor-Roper critica los ajustes de la famosa tesis weberiana sobre el origen del capitalismo. ¿Es cierto, se pregunta el historiador, que en el siglo XVII se produjo un ascenso extraordinario de países protestantes y un retroceso económico y cultural en los países católicos? “Se impone la conclusión”, afirma Trevor-Roper, “de que, por algún motivo, las sociedades protestantes eran —o habían devenido— más progresistas que las sociedades católicas, tanto en el terreno económi-



co como en el intelectual”. La labor del historiador será, si ha de ser considerado como tal, la de comprobar hasta qué punto esta afirmación, que ha alcanzado el estatuto de verdad incuestionada, es cierta. Pero Weber, nos indica Trevor-Roper, no dio nunca un ejemplo histórico que avalara sus tesis. Si acudimos a los hechos, nos encontramos que tanto en los países católicos como protestantes los grandes empresarios eran calvinistas y que los estados en apuros económicos no hacían ningún tipo de distinción religiosa entre quienes podían sufragar gastos y haciendas. Por otro lado, aún siendo calvinistas, estos grandes empresarios sobre los que recaía el peso financiero de las naciones europeas no se caracterizaban precisamente por su ascetismo religioso; es más, explica Trevor-Roper, no eran celosamente religiosos ni tenían ningún afán proselitista; por el contrario, todos ellos compartían un rasgo además del religioso: sus orígenes flamencos o liejenses.

La investigación trastoca, ciertamente, las famosas tesis de Weber y de sociólogos afines; ellos intentaban demostrar que el capitalismo nace originariamente en el siglo XVI y acuden a la Reforma como *explanans*. Sin embargo, según Trevor-Roper, también el mundo medieval católico era perfectamente capaz de crear instituciones capitalistas, de forma que la cuestión importante consiste en dilucidar por qué incipientes capitalistas y empresarios de algunos lugares de Europa tuvieron que abandonar sus tierras y emigrar a otros centros situados en zonas protestantes. Lo que quiere decir el historiador británico es que ni el calvinismo ni el protestantismo crearon un tipo nuevo de hombre, sino que éste ya existía con anterioridad en el mundo católico; ahora bien, la antigua élite económica de Europa, nacida en el seno católico y que ejercía libremente su actividad, aprovechó la herejía en la medida en que la lucha contra ella hizo imposible seguir con su profesión en las naciones católicas. Si esto es así, entonces la pregunta por el origen del capitalismo debe dejar de ser planteada en sede religiosa: exige más bien explicar cuál fue el cambio social que obligó a las sociedades católicas que, hasta ese momento, habían convivido con un capitalismo incipiente, a expulsar a la élite. Y es aquí donde la comprensión weberiana del fenómeno se invierte: no fue la Reforma, sino más bien la Contrarreforma lo que llevó a los empresarios instalados en tierras católicas al norte de Europa y a asentarse en territorio protestante.

Con datos precisos, con ejemplos históricos, Trevor-Roper insiste en demostrar que el capitalismo había nacido en la tradición romana y que ésta era compatible con el desarrollo de aquella forma económica. Lo que ocurrió fue que, tras la Reforma, las sociedades católicas se sintieron más vulnerables, más necesitadas de protección, de forma que se determinó la expulsión de los elementos más heterodoxos, en ese caso, los sujetos con afanes mercantiles. Éstos no tuvieron más remedio que recorrer países y asentarse en aquellos ajenos a la Contrarreforma. De esa forma, la diáspora fertilizó la economía de la Europa protestante.

Siguiendo con el tema de la crisis del siglo XVII, se estudia a continuación en el libro la naturaleza de ésta. La crisis del XVII fue sobre todo una crisis de las relaciones entre la sociedad y el Estado y una pugna entre la corte y el campo. Nótese que desde el siglo XV, como indicaba también Pirenne en su ensayo sobre la democracia urbana, la estructura estatal se levantó en perjuicio del poder de las ciudades y contra la cultura urbana, constituyéndose en un proceso de burocratización sin precedentes que anquilosaba paulatinamente a las propias monarquías. De hecho, desde 1620 a 1640, la política enfrentaba a la Corte con el campo, hasta el punto que se desarrolló algo así como una “situación revolucionaria” que amenazaba la estabilidad de los regímenes europeos y ante la cual éstos tomaron una vía u otra. A diferencia de España, que se ancló y aseguró la forma del Antiguo Régimen, en otros lugares como en Francia, Inglaterra y Holanda, según Trevor-Ro-



per, la crisis marcó el final de una forma burocratizada e instaló políticas más acordes con los nuevos tiempos, de tipo mercantilista. En cualquier caso, fue una crisis del Estado que marcó un cambio duradero en el ámbito político.

Pero si el siglo XVII implicaba un paso adelante en la modernidad y se vende, en términos históricos, como un momento de progreso y de cambio, ¿por qué, se pregunta Trevor-Roper, se expande de nuevo la caza de brujas, una costumbre ciertamente antigua e irracional? En efecto, un intelectual de la altura de Bodino, que expresa con tanto fervor la aplicación de la razón al entendimiento de la soberanía, creía en las brujas. Enorme paradoja ésta, la de nuevas formas sociales que retroceden temerosas ante estas manifestaciones de lo misterioso y que demuestran más pasión en la quema de brujas que los siglos de la Antigüedad y la Edad Media. A juicio de Trevor-Roper, la caza de brujas en la Europa del XVII, muy virulenta, hay que explicarla por motivos psicológicos. Las brujas, como más tarde los judíos, representaban un tipo de población disconforme, heterodoxo, atrabiliario, frente al cual la sociedad del momento reaccionó. De ahí que en las matanzas de los acusados de brujería participara más activamente el pueblo que las instituciones, Estado o Iglesia. Lo mismo que en el caso de la Inquisición, cuya maquinaria contra el infiel se explica más por motivos sociales que ideológicos, la caza de brujas fue un acontecimiento sostenido por las aclamaciones populares y apoyado por los sistemas filosóficos vigentes de la época; sólo en la medida en que cambió el enfoque filosófico, pudo cambiar esa costumbre. Desde este punto de vista, el análisis de la brujería que realiza Trevor-Roper constituye un magnífico ejemplo de teoría sociológica aplicada y la caza de brujas trae resonancias hasta el día de hoy. En efecto, las brujería y la lucha en su contra conformó una mitología social que se instauró con el mecanismo del chivo expiatorio. El miedo a lo diferente, a lo que se sale de los cánones, que era un miedo social, sólo podía apaciguarse con la desaparición del objeto del temor. Como antaño, tampoco hoy la sociedad puede librarse de los temores irracionales.

Más allá de todo ello, el ensayo de Trevor-Roper se dedica también a temáticas más específicas. Así, por ejemplo, uno de los trabajos recogidos reflexiona sobre el origen religioso de la Ilustración, destacando, por un lado, que las ideas que preceden al siglo XVIII se elaboraron en un período de tranquilidad social y no de frenesí revolucionario. Por otro, considera que los intelectuales que aparecen como antecedentes de la Ilustración fueron, de alguno u otra manera, considerados herejes de sus propias confesiones religiosas —calvinismo, luteranismo— y que sus ideas nacieron siempre a partir de inquietudes de tipo espiritual y en pugna con el sistema aristotélico. En otras palabras, que ninguna confesión religiosa representó en puridad un precedente serio de la Ilustración, sino que ésta se construyó a expensas de las confesiones religiosas institucionalizadas. Si esto es así, como indica Trevor-Roper, no es casual que haya considerado necesario estudiar a fondo los sermones religiosos; en particular, los sermones de ayuno del parlamento largo, en los que se evidencia que la religión constituía un mecanismo necesario de cohesión y que definía la política del mismo. Los últimos escritos, sobre Cromwell y el Parlamento, sobre la revolución puritana en Escocia y sobre la unión de Gran Bretaña aluden a diversos aspectos de esa misma temática.

Cuando murió, en 2003, el obituario aparecido en *The Guardian* resaltaba el esfuerzo de Trevor-Roper por oponerse a cualquier tipo de ortodoxia histórica e incluso afirmaba que debido a ello toda su trayectoria se encontraba repleta de controversias. Su labor como historiador fue importante en la medida en que llevó la historia a un camino alejado del determinismo, advirtiendo del polivalente mundo de los hechos históricos, de la necesidad de in-



terpretar lo que ocurrió y de la perentoriedad por afinar las teorías en el campo de pruebas de lo sucedido. Es toda una experiencia intelectual, enormemente grata, leer a Trevor-Roper: aporta claridad y lucidez en los momentos de mayor confusión histórica.

José María Carabante